

Revista cultural electrónica

Construyendo Nuestra
Interculturalidad

Año5. N°5. Noviembre 2009. Lima-Perú.

www.interculturalidad.org



Migración transnacional: identidad y cultura de los peruanos en la Argentina

Manuel Macchiavello

manuel_macchiavello@yahoo.com

En el presente trabajo queremos abordar la historia de la migración transnacional peruana desde sus características más generales a través de autores que han dedicado estudios sobre el tema, para luego concentrarnos en el caso de los peruanos en la Argentina. Esto último lo analizaremos desde los pasos por los cuales los peruanos han iniciado su migración transnacional y cuáles son los elementos más significativos en su composición actual. Recordemos que Buenos Aires es la ciudad que tiene la mayor cantidad de peruanos en el exterior, un dato para nada menor, lo que nos ayudará a esbozar algunas lógicas que determinan algunos parámetros de identidad y cultura en los peruanos en situación de migración.

Para poder comprender la diáspora peruana es necesario explicar que, a partir de 1940, Lima se transformó en el destino de millones de provincianos ahuyentados por la grave crisis del campo. Las pésimas condiciones climáticas produjeron la quiebra económica de miles de campesinos que tuvieron que abandonar su medio de subsistencia en busca de mejores condiciones de vida. Sin embargo, las circunstancias climáticas no fueron el único motivo de la gran migración del campo a la ciudad.

Entre las principales razones, Eliana Chávez O'Brien (1990) resalta dos: un mayor desarrollo industrial sumado a un proceso de urbanización en Lima y un gran empobrecimiento de la región andina con un alto crecimiento demográfico. La primera gran migración del campo a la capital representó un éxodo que reconfiguró al país porque las transformaciones que se dieron lugar fueron tanto sociales como



culturales. Este cambio migratorio estaba muy lejos de ser un proceso únicamente cuantitativo ya que removió los pilares económico-culturales de la Lima pos-colonial para transformarla en la metrópoli en donde comenzaron a yuxtaponerse, cada vez con más fuerza, una gran variedad de culturas.

Desde lo socio-cultural, la migración interna trajo consigo problemas de convivencia, sobre todo si sabemos que durante varios siglos la *norma social* expresaba que el criollo tenía más derechos que el indígena. “La arrogancia y el sentimiento de superioridad de las élites consideradas emergentes del proceso de mestizaje sirvió más bien para justificar la exclusión de las mayorías del manejo de lo público” (Cfr. Balbi, 1997).

Estos sentidos sectarios se diluían en algunas ocasiones debido a que gran parte de la población indígena se mantenía en el campo, pero alcanzaron altos niveles de intolerancia ante los cambios que sufre el país durante el enorme proceso migratorio interno que desencadenó en que Lima representara el destino “soñado” por millones de campesinos.

Mientras la mayoría pobre y chola se mantenía en sus provincias, lejos de la blanca aristocracia limeña, los choques culturales se reflejaban en esporádicos episodios entre algunos aventureros provincianos en Lima o con los terratenientes en el interior, pero cuando ésa mayoría se asentó en Lima, el enfrentamiento sustentado en la diferencia cultural hizo que la capital se convirtiera en una bomba de tiempo.

El ambiente inestable, con reiteradas muestras de segregación, no evitó que Lima apareciera como el lugar ideal de progreso social, ya que la ciudad se convirtió en el paraíso en donde el acceso a la educación estaba garantizado para los provincianos. Tener educación significaba abrir puertas que probablemente dejarían atrás la extrema pobreza.

En los años que van entre 1940 y 1984, la capital del Perú aumentó su población en casi diez veces (cfr. Matos Mar, 1984), es decir, en 1940 Lima tenía alrededor de 645 mil habitantes pero en 1984 habían más de 6 millones de peruanos viviendo en la capital, transformándola en una verdadera **ciudad de forasteros**.

Los primeros en llegar se agrupaban mayormente según la región a la que pertenecían. En la mayoría de los casos, las “mudanzas definitivas” no eran escalonadas, es decir, primero la cabeza de familia y luego el resto, sino que viajaba la familia entera con la finalidad de instalarse definitivamente en Lima.

Según Chávez O’Brien en el período 1961–1972 el éxodo a la ciudad llega a su máxima expresión, constituyendo el volumen de migrantes una proporción similar a la de los limeños: 49 %. Estos llegaron a la capital cargados de valores culturales que, en la mayoría de los casos, diferían enormemente de los capitalinos.



En los años '60, Lima albergaba a grupos diferentes que, entre ellos mismos, también pregonaban un modo de vida distinto. No había mayorías regionales abrumadoras. Es a partir de ese momento en donde cada uno de los sectores despliega una serie de elementos que reconfiguran la cultura capitalina generando un efecto “dominó” en las demás regiones del Perú. ¿Por qué “efecto dominó”? Porque si bien Lima reconfigura sus usos y costumbres, lo mismo ocurre en las provincias, ya que los nuevos pobladores se “limeñizan” y transportan esta *forma de ser* cada vez que viajan a sus pueblos. Lima se volvió más provinciana y las provincias tomaron en parte las costumbres limeñas, formando el esbozo de una nueva identidad peruana en confección.

Pero la capital no estaba preparada para recibir a miles de pobladores. Lima colapsa. La falta de vivienda provoca las creaciones de asentamientos humanos (terrenos fiscales invadidos) como respuesta urgente ante quienes no contaban con un espacio en dónde vivir. “Esta dinámica procede de la movilización espontánea de los sectores populares que, cuestionando la autoridad del Estado y recurriendo a múltiples estrategias y mecanismos paralelos... alteran las reglas de juego establecidas y cambian el rostro del Perú” (Matos, 1984. Pp 17).

Grupos humanos se dispersaban por los alrededores de la ciudad buscando algún terreno -muchas veces también se instalaron en los cerros que enmarcan la capital- para luego, en cuestión de minutos, adjudicárselo como propio construyendo casas de esteras y asentarse en el terreno “conquistado”. Los llamados *pueblos jóvenes* o *asentamientos humanos* se esparcían diariamente por los suburbios limeños. Barrios enteros nacían en pocas horas, cientos de personas imponían su vivienda en terrenos del Estado ante la urgente necesidad de obtener un hogar. A los pocos meses, las casas de esteras pasaban a madera y calaminas, para luego construirse de adobe.

Era común que se izara inmediatamente la bandera peruana y al *asentamiento humano* se le ponía el nombre del presidente o de algún familiar cercano. Esta modalidad se extendió haciendo que la capital creciera de manera incontrolable. Sin servicios básicos ni urbanizaciones, los nuevos barrios se consolidaban en poco tiempo y con ellos también la necesidad de la presencia del Estado que no intercedía ante la “avalancha provinciana”.

Socialmente, la clase dirigente limeña buscó conducir a la nueva población enfatizando en las costumbres capitalinas, pero ésta se resistía comenzando a reproducir sus valores provincianos. Esta frustrada convergencia fue el inicio de una transformación cultural inevitable. La construcción de una emergente “identidad peruana” fue esbozándose tanto como producto de la clase aristocrática como de los nuevos sectores. Los proyectos de formación de identidad fueron moldeados desde todos los grupos sociales.



En este sentido, podemos acercarnos no compartir totalmente el concepto de “hibridación cultural” expuesto por el antropólogo argentino Néstor García Canclini (1992), que la define como una relación entre varios modos de vida que produce un resultado compacto, es decir una nueva cultura producto de las sumas de otras que se relacionan bajo un contexto determinado. La comunicación que se realiza entre las diversas culturas, como el caso de Lima -sobre todo después del arribo de los miles de migrantes-, genera intercambios culturales bajo una permanente negociación, pero en donde de ninguna manera los actores implicados en la “comunicación intercultural” dejan de lado sus valores diferenciadores.

En otros términos, los productos sociales nacidos a partir de la relación –conflictiva- entre limeños y “forasteros” no implicaron una exclusión de los valores culturales previos al contacto entre éstos grupos, sino que producen valores que servirán como rasgos identitarios pero que no diluyen la carga cultural de cada grupo.

Coincidimos en que hay un contacto entre varios sectores sociales, y que el mismo genera un producto como consecuencia de esta relación, pero esto no quiere decir que haya un “acuerdo cultural” que estandarice a los sectores, sino que se producen algunos rasgos que nos ayudarán a entender al grupo social que en este trabajo encasillamos bajo el término “peruanos”. Esto no quiere decir que exista una contradicción insalvable ni diferencias irreconciliables entre los grupos sociales que forman el Perú, sino que el mismo proceso de negociación cultural configura, como se espera, momentos tensos y otros no tanto. En todo proceso se crean picos y bajos.

Bajo esta situación, la delimitación de espacios fue uno de los problemas más sensibles, sobre todo porque los barrios tradicionales se vieron “inundados” de provincianos y, ante la falta de viviendas, se inventaron nuevos distritos sin más autorización que aquella dirigida por la necesidad. Esta *invención* estaba lejos de quedarse en lo habitacional ya que todavía faltaba encontrar la forma de subsistencia económica. Es allí en donde crecen los oficios callejeros. En este sentido es importante destacar que la pobreza fue operando también como la constructora de una nueva identidad en formación.

Fases de la migración peruana

La gran migración del campo a la ciudad que se inició a mediados del siglo XX marcó, indudablemente, el nacimiento de nuevos elementos que forman parte de la sociedad actual. Para Altamirano (1992) esta migración interna no satisfizo las expectativas de los migrantes, sobre todo porque Lima no supo encontrar un lugar en el mercado laboral a los centenares de miles de migrantes, es por eso que aparece la migración internacional como una manera de salir de la pobreza.

Si bien Lima surgía como el epicentro del nuevo convenio de ideas que se instalaban, el factor económico iba en declive, la situación no pudo resistir demasiado. El Estado,



desbordado ante esa realidad, se concentró en implementar políticas que dejaron de lado a la mayoría de la población sin desarrollar la industrialización y la mínima mano de obra empleada se utilizaba para la exportación de materias primas. Es por eso que la migración internacional apareció como una buena opción para aquellos que no lograban insertarse económicamente.

Podemos dividir al éxodo de peruanos en varias etapas e incluir en éstas a distintos sectores. Hay que recalcar que “las características de los peruanos que han emigrado últimamente son distintas a los primeros, que eran racialmente más europeos. En la actualidad la mayoría de los migrantes tienen rasgos raciales indígenas y/o mestizos” (cfr. Altamirano, 2000) Sin embargo, estas características no son las únicas que diferencian a las distintas etapas de la migración internacional.

Teófilo Altamirano divide la historia de la migración peruana en el mundo en 5 fases. La primera se desarrolla entre 1920 y 1950, en donde los migrantes pertenecían a la gran oligarquía terrateniente y la incipiente industria: los principales destinos eran los Estados Unidos y los países de la Europa del Oeste (en particular España e Inglaterra).

La segunda fase son las décadas del cincuenta y sesenta, en donde la composición socioeconómica y cultural de los peruanos fue similar a la etapa previa, sin embargo, empezaba la emigración de miembros de la clase media, entre ellos profesionales liberales, medianos empresarios y estudiantes: el destino preferido siguió siendo los Estados Unidos y Europa del Oeste, pero grandes cantidades miraron a la región y se dirigieron a Venezuela y la Argentina (a donde se viajaba por las facilidades que las universidades ofrecían).

La tercera fase, siguiendo a Altamirano, se desarrolla durante la década del setenta; la migración se hizo extensiva a la gran clase media y algunos trabajadores manuales, quienes se dirigieron mayoritariamente a los Estados Unidos por las enormes ventajas laborales que ofrecía dicho país. Del mismo modo, Europa del Oeste siguió recibiendo peruanos, pero los destinos se ampliaron a más países en Europa del Este, Canadá y Australia.

La cuarta fase duró desde la década del ochenta hasta 1992, en donde todas las clases sociales ya estaban representadas, desde pastores de ovejas en el oeste norteamericano hasta miembros de la gran oligarquía. Según Altamirano, durante esta época predomina la clase media que emigra en grandes cantidades. Además de esos destinos se suman los países escandinavos (que reciben sobre todo a refugiados políticos y trabajadores manuales). América Central también recibe la presencia de trabajadores profesionales. Habría que recalcar que durante esta época Japón también recibe gran cantidad de peruanos, muchos de ellos descendientes de los migrantes japoneses que se instalaron en el Perú durante el siglo pasado.

La quinta fase se inicia en 1992 hasta la actualidad. Todos los rincones del planeta –



algunos en mayor o menor medida- reciben el arribo de peruanos. Migran de todas las clases sociales y grupos culturales. Hay peruanos en todas partes del mundo, incluso en África.

Durante estas nueve décadas, la migración internacional peruana ha sufrido grandes cambios. En un principio era patrimonio de las clases aristocráticas que ostentaban en sus viajes –sobre todo por estudios- a Estados Unidos y Europa occidental; pero poco a poco los destinos fueron creciendo y también los sectores que migraban. Hoy en día todas las clases sociales están representadas en el exterior, cada uno reproduciendo desde su óptica la idea del “ser peruano” pero encontrando paradigmas que lo sinteticen como *lo peruano*.

Peruanos en la Argentina

Buscar acercarnos a la actualidad de los peruanos en la Argentina es analizar su historia y presente, sus motivaciones de viaje y formas de desarrollo en la nueva sociedad. Cada migración, según las fases de Altamirano (2000), tiene particularidades.

La migración peruana a la Argentina tiene su inicio más notorio a mediados de los años '50, cuando predominó el componente estudiantil debido al alto nivel universitario y a las facilidades que las universidades ofrecían, además de la cercanía geográfica y los costos de vida más baratos. Estos factores hicieron que miles de peruanos abarrotaran las Facultades, sobre todo de Medicina, en Buenos Aires, La Plata y Córdoba.

Esta migración joven y estudiantil trajo consigo a miles de peruanos de posición económica estable que podían estudiar en la Argentina sin necesidad de trabajar, viviendo de lo que mensualmente recibían de sus familias en el Perú.

Julio Ángel Torres, perteneciente a esa migración estudiantil, llegó a Buenos Aires en 1954 a estudiar agronomía, “en ese momento hubo una serie de circunstancias en el Perú que produjeron una gran migración estudiantil. En el '50 se cierran varias facultades y miles de peruanos viajamos a la Argentina. Muchos vivíamos en pensiones. El ingreso a la universidad era libre, sólo tenías que presentar tu documentación y ya eras universitario”.

Durante aquellos años se esbozaron las primeras asociaciones estudiantiles peruanas en la Argentina dedicadas a los debates ideológicos y como punto de encuentro de miles de universitarios. Las fiestas se reducían a lujosas celebraciones por fiestas patrias, como las que se efectuaban en el Jockey Club de La Plata.

El médico Pedro Rojas, trujillano, que llegó al país en 1952, afirma que “en el '50 habían esbozos de asociaciones peruanas pero nada legal ni oficial, aparecieron la



Asociación de Estudiantes y Centro de Estudiantes, pero eran muy embrionarias. Se reunían para charlar sobre cuestiones estudiantiles y políticas. Al venir más estudiantes, también se formaron grupos regionales que compartían actividades deportivas”.

Del mismo modo, Torres asegura que la inserción del peruano en la sociedad argentina de aquella época no fue tan difícil, “los que viajábamos, sobre todo después de mediados de la década del cincuenta hasta mediados de la década del sesenta, nos dedicábamos exclusivamente a estudiar. Todos éramos de la mentalidad estudiantil. Nos hemos integrado muy rápido a la sociedad argentina por nuestra condición de estudiantes universitarios. Los que estábamos éramos peruanos del sector medio o alto”. Esta migración de peruanos fue reduciéndose de tal manera que entrados los años '80 sólo se mantenía una pequeña población.

A partir de los '90 la situación cambia vertiginosamente. Durante dicha década, según la Dirección General de Estadísticas y Censos, se produjo el mayor arribo de peruanos; esto se debió a la convertibilidad monetaria implementada en el gobierno de Carlos Menem, anexada a la pobreza y crecimiento de la violencia terrorista que se vivía en el Perú.

Esta inmigración masiva llevó consigo un matiz diferente al de los años '50. En términos del Cónsul General del Perú en Buenos Aires, José Luis Chavez Basagoitia (2005) “en la actualidad la gran mayoría de inmigrantes pertenecen a sectores socio-económicos bajos”. Los años '90 se convirtieron así en el boom de la migración peruana al país, ya que entre 1991 y 2001 la población peruana en la Argentina se cuadruplicó, pasando de 15.939 a 88.260 personas.

Miles de peruanos llegaron al país ahuyentados por la pobreza y encandilados por la paridad del peso argentino y el dólar estadounidense. La Terminal de Ómnibus de Retiro, en el centro de Buenos Aires, recibía a cientos de peruanos diariamente. Muchos de ellos no tenían un lugar dónde llegar. Los primeros arribados a comienzos de los '90 se instalaron en los barrios de Balvanera (Once) y Almagro (Abasto) debido a la gran cantidad de hoteles y pensiones que existían; además dichas zonas eran poco cotizadas.

En algunos años ambos barrios se transformaron en zonas neurálgicas para la colectividad. Los nuevos migrantes contaban con algún familiar, amigo o conocido que vivía allí o cerca del lugar. Aunque si bien posteriormente fueron aumentando las zonas elegidas por los peruanos, tanto Once como Abasto se constituyeron en insignias de la comunidad peruana en la ciudad.

Los primeros negocios dedicados a la gastronomía crecieron en pocos años. Muchos se iniciaron mediante la venta ambulatoria de comida para luego formalizarse. Éstos se dedicaban mayormente a la atención de sectores populares de la colectividad. Los



restaurantes tenían nombres que hacían referencia al Perú o a alguna región como: “La Rica Vicky”, “Los Trujillanitos”, “La Piuranita”, “Rincón Criollo”, “La Flor de la Canela” y fueron acaparando a la creciente colectividad.

El caso del restaurante la Rica Vicky, en Abasto, bien puede ejemplificar la realidad de muchos negocios de comida peruanos. Formado por un matrimonio adulto, la esposa comenzó vendiendo tamales como ambulante en algunos puntos de reunión de la colectividad. Muchos recuerdan a Gloria como una peruana emprendedora que se mantenía en la calle durante varias horas hasta terminar de vender su mercadería.

Poco a poco el negocio fue creciendo y Gloria y su esposo Lorenzo, que hasta ese momento trabajaba como cocinero en otro restaurante, invirtieron sus ahorros en un emprendimiento: alquilaron un pequeño local que luego se convirtió en un restaurante concurrido por muchos peruanos. Después de unos años alquilaron un local más amplio en Abasto y al poco tiempo pusieron otro restaurante con el mismo nombre. Después abrieron una peluquería. Estos fueron los inicios de muchos comerciantes peruanos que pasaron de la calle a la formalidad.

Gastronomía peruana en la ciudad

El boom de la gastronomía peruana es un fenómeno que creció en el mundo debido en gran parte a la migración. En el caso de Buenos Aires, la mayoría de restaurantes peruanos son negocios instalados por los mismos migrantes y no son capitales llegados desde Lima. Aunque es cierto que en un inicio la mayor parte de los restaurantes estuvieron pensado para los mismos migrantes, después de algunos años se produjo una gran demanda entre el público argentino, el contexto formado por la sociedad mayor influenció en la modificación de muchos negocios peruanos. Si bien los puntos de concentración estuvieron en Once y Abasto, los negocios comenzaron a expandirse. A partir del año 2000, varios barrios de la ciudad contaban con la gastronomía peruana considerada, además, como una de las más variadas en el mundo.

Los tipos de negocios de venta de comida también fueron variando: aparecieron restaurantes pensados para la clase media y media alta en los barrios más adinerados de la ciudad como Palermo, Belgrano y Recoleta. Nacen los restaurantes con cocina gourmet con cocineros traídos desde el Perú, algo impensado en los '90.

Así, en la actualidad existen distintos tipos de restaurantes peruanos en la ciudad, cuyos precios tienen una gran diferencia debido al tipo de servicio que se brinda. Hay restaurantes peruanos lujosos en las zonas más importantes de la capital argentina y también hay espacios reducidos en barrios populares en donde se venden menús peruanos de 7 pesos (us\$ 2). Además, la presencia ambulante persistió sobre todo en los puntos de concentración de la colectividad y se hace más fuerte durante actividades sociales de la misma.



La cocina peruana se ha transformado en un rasgo importante de la identidad de los peruanos en el exterior, prueba de ello es la amplia preferencia de la mayoría de migrantes por su comida, lo que hace que día a día aparezcan más negocios en este rubro que actualmente tiene alrededor de **100 restaurantes en la ciudad**. La expansión de la gastronomía peruana ayuda a entender cómo –en algunos casos- el peruano pasa de la informalidad a la formalidad, de lo “ilegal” a lo “legal” y cómo empieza a interactuar con la sociedad mayor a través de un proceso de conflictivo de negociación cultural (cfr. Carletti, 2002).

Problema habitacional en la ciudad

La migración peruana, que en su mayoría prefirió instalarse en la ciudad, no contó con que Buenos Aires vivía un serio problema debido a la escasez de casas y departamentos, razón por la cual miles de personas decidieron vivir en ‘casas tomadas’ (edificios usurpados).

Según la Legislatura porteña, en la ciudad hay 200 mil personas viviendo en ‘casas tomadas’ aunque el Ministerio de Desarrollo Social que depende del Estado afirma que en realidad son 100 mil. Sea verdad el primero o el segundo caso, estas cifras nos muestran una problemática importante que además produjo que los hoteles y pensiones subieran el precio del alojamiento.

Al crecer la colectividad, la dificultad de conseguir hogar comenzó a ser un tema difícil de resolver, sobre todo porque miles de peruanos se resistían a abandonar las zonas céntricas. Así, las “casas tomadas” aparecieron como una solución transitoria para cientos de familias que no encontraban habitaciones a bajos precios.

En varios barrios de la ciudad había edificios o construcciones abandonadas que fueron “tomados” por distintos migrantes nacionales y transnacionales, entre ellos los peruanos. La “invasión” funciona de manera bastante similar a lo que ocurrió en Lima con los migrantes internos que se adjudicaban terrenos fiscales en sólo cuestión de horas.

En el caso de Buenos Aires, los posibles usurpadores van buscando casas abandonadas y la manera de ingresar de forma no legal. Cuando identifican un acceso, de inmediato avisan a varias familias que se instalan instantáneamente dividiendo el edificio en varias habitaciones. La ocupación se produce normalmente de madrugada. Existen organizaciones que se dedican a esta actividad y que, incluso, cuentan con abogados para posponer el desalojo. Esta modalidad fue común a mediados de los `90 y persiste, aunque escasamente, en algunos barrios de la ciudad, sin importar si son céntricos o no.

Uno de estos edificios es el que está sobre la Avenida Corrientes, a pocos metros de la calle Junín, en el barrio de Once, en donde 20 familias, la mayoría peruanas, viven hace más de 7 años. El edificio abandonado perteneció a un banco y se encontraba en



buen estado cuando lo “tomaron”.

Walter, un chimbotano con 12 años de residencia en Buenos Aires explica que “primero hay 3 o 4 personas que buscan casas o edificios vacíos, cuando encuentran alguno lo toman y se quedan viviendo allí por una semana, si los vecinos o la policía no llegan a molestar, llaman a sus familiares o conocidos para que lo habiten. Aquellos que `rompen candados` (los primeros en usurpar) son como los dueños y les venden al resto una habitación. Yo compré una por 2 mil pesos, llevo 5 años viviendo acá pero sé que en cualquier momento nos pueden desalojar ya que estamos en juicio. Uno nunca sabe cuánto tiempo puede quedarse en una `casa tomada`, puedes estar un mes o varios años, depende de muchas cosas”.

Los edificios preferidos para tomar son los negocios abandonados o los bancos, ya que es poco probable que los dueños tomen acciones inmediatas debido a que muchas veces se enteran muchos días después de la usurpación; en cambio cuando son casas, los invasores prefieren tomar precaución y aumentar los “días de prueba” quedándose a vivir por más tiempo para luego llamar a más personas.

Una vez que invaden un edificio, hacen divisiones en los interiores y se proveen de los servicios básicos (luz, agua y gas) si es que estos no existen, “muchas veces se prefieren los bancos abandonados porque tienen hasta aire acondicionado, además no hay muchos vecinos en los alrededores”, afirma Walter.

La vida en una “casa tomada” depende de los vecinos que vivan en ella, la convivencia puede ser similar a la de un hotel o puede ser bastante ruidosa durante la noche, sobre todo los fines de semana. “Una vez viví en una `casa tomada` en La Boca, todas las noches eran un calvario para mí. Muchos de los vecinos no trabajaban y en las noches se dedicaban a tomar hasta muy tarde, además el ruido era insoportable. Pero uno no puede hacer mucho, no se puede quejar a la policía porque uno también está cometiendo un delito”, reflexiona Walter.

Debido a que muchas veces estas “mudanzas transitorias” incluyen a familias enteras, el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en la mayoría de los casos reubica a las familias en otros hoteles por un tiempo o les paga para que encuentren un nuevo lugar en dónde vivir. “Conozco de gente que recibió 15 mil pesos para dejar la `casa tomada`, tengo una prima que recibió 20 mil porque es madre soltera con dos niños”, dice Walter.

Artemio vive hace 9 años en el país y es uno de los líderes de un grupo de la colectividad que participa en una organización social argentina. Él dice que:

“A raíz de la crisis de 2001 yo viví en una `casa tomada`. Éramos 130 familias que vivíamos en avenida Córdoba al 3300, era una clínica que estaba en quiebra, era un edificio de 5 pisos. Uno se entera de la existencia de una `casa tomada` por amistades. Me acerqué y vi que recién estaban empezando, hay que gente se dedica a eso, abren



y venden. Poco a poco íbamos viendo cómo tener los servicios básicos ya que no por ser tomado íbamos a descuidar ciertos servicios. Hay gente que se dedicaba a vender las piezas, incluso muchos reparten volantes anunciando que se alquilan piezas. Si bien los que vendían los cuartos eran dos argentinos, el 99% de las familias que vivían allí eran peruanas”.

Artemio no sólo ejemplifica las secuencias en que muchos migrantes se encuentran inmersos ante la necesidad de un hogar, sino las redes que se imbrican y que producen círculos de corrupción y clientelismo en donde las instituciones locales no son ajenas. Muchas de estas familias viven en esas condiciones por necesidad, pero muchas otras lo hacen porque saben que el actual sistema les favorece, alentando de esta manera la usurpación. Las “casas tomadas” responden a una lógica evidenciada en el Perú luego de la migración masiva de mediados del siglo pasado, que se repite en Buenos Aires a través de un grupo importante de peruanos que se encuentran en esta situación. Así, la movilidad a un contexto extraño –una nueva ciudad- no implica que se evite instalarse físicamente en lugares prohibidos.

Crédito de viviendas en el Perú para migrantes

Sin embargo, existe otro sector de la colectividad peruana perteneciente también a la migración iniciada en los '90 que no sólo logró una estabilidad laboral, sino que vive en buenas condiciones en su nueva ciudad. Estos no sólo tienen la posibilidad de enviar dinero a su familia sino de ahorrar parte de sus ingresos mensuales.

Por esa razón, a partir de 2008 el Estado Peruano, consciente de que un 10% de su población vive en el exterior, implementó una medida que buscó reactivar el rubro de la construcción y generar nuevas fuentes de ingresos para el país, esto debido a la presencia de los migrantes en la economía del país. Según un artículo del diario El Comercio (6/03/08) “de acuerdo con cifras del Banco Central de Reserva del Perú, en 2007 ingresaron al Perú por concepto de remesas US\$ 2.204 millones”.

El mismo artículo asegura que “se calcula que son 407.606 los hogares receptores de remesas en el país... El 85,6% de las remesas proviene de seis países: Estados Unidos (30,6%), España (16,1%), Argentina e Italia (cada uno de ellos con 12,3%), Chile (9,5%) y Japón (con el 4,5%)”.

El Estado Peruano ha tomado conciencia sobre el poder adquisitivo de los peruanos en el mundo y por ende viene implementado políticas como la del Fondo Mivivienda, que permite a los migrantes comprar una casa en el Perú a nombre propio, algo impensado algún tiempo atrás. Esto significa que, por ejemplo, los miles de peruanos que viven en Buenos Aires pueden potencialmente acceder a créditos hipotecarios sin importar su situación legal en el país.



La colectividad en números

En un estudio realizado por el Centro de Estudios Nueva Mayoría se concluye que los bolivianos, paraguayos y peruanos constituyen las tres colectividades extranjeras con más inmigrantes en la Argentina desde la década del '90. El trabajo también especifica que “la paraguaya es la más asentada y la peruana la más reciente. La causa predominante por la cual han venido al país ha sido el trabajo” (cfr. Nueva Mayoría, 2001).

Sobre este caso de las nuevas migraciones, el ex director del Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República de Argentina (INDEC) y autor de varios libros sobre políticas internacionales, Lelio Mármora, afirma que en la actualidad “la Argentina está en su nivel proporcional más bajo de migrantes en los últimos cien años, y la incidencia de éstos sobre la desocupación es ínfima, su presión sobre los servicios de salud y educación del país es inferior a su aporte para dichos servicios y su participación delictiva es exactamente proporcional a su número sobre el total de la población, a pesar de que los delitos más graves son cometidos por argentinos...Todo esto sin contar con que la mayoría de estos migrantes hacen trabajos que los argentinos muchas veces no quieren realizar”. (cfr. Mármora, 2002).

Asimismo, sobre el aporte de la comunidad peruana en el país, Mármora sostiene que si bien en la Argentina se está viviendo un empobrecimiento del idioma debido a la globalización, los migrantes “aportan, especialmente en el caso de los peruanos, una indudable riqueza a nuestro cada vez más castigado castellano” (cfr. Mármora, op. cit 2002).

Por otra parte, habría que resaltar que, a diferencia de migraciones de países vecinos (como Paraguay y Bolivia), el peruano prefiere vivir en la ciudad, y es que el migrante de dicho país es un poblador urbano. Según la Dirección General de Estadística y Censos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (2005), el 71% de los peruanos vive en el Área Metropolitana de Buenos Aires, de los cuales el 42% vive en la Ciudad de Buenos Aires.

Este trabajo asegura que de 1991 a 2001, la población peruana que vive en la Ciudad de Buenos Aires se decuplicó de 3.837 a 38.990. Habría que recalcar que cerca del 67% de éstos son mujeres, fenómeno asociado a la mayor oferta de empleo en el servicio doméstico durante la década del 90. Por su parte, Ponciano Torales (1993) afirma que las inmigrantes mujeres superan proporcionalmente a los hombres, estableciendo en un 71.4% el número de estas empleadas en trabajos domésticos. Sobre el tema, Teófilo Altamirano (2000) sostiene que en los últimos 15 años la proporción de migrantes mujeres aumentó superando a la población de varones. Asimismo, la Dirección General de Estadística y Censos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires afirma que en contraste con la migración boliviana, que parece es fundamentalmente una migración familiar, la alta presencia femenina y la menor



proporción de menores de 19 años entre los peruanos hace pensar que se trata de una migración dinámica diferente, más asociada a la migración independiente de mujeres.

Sin embargo, el trabajo de la Dirección General de Estadística y Censos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires se concentra sobre la migración peruana de la década del `90, sin tomar en cuenta que la actual situación facilita la radicación de los peruanos, lo que está modificando vertiginosamente su panorama en la Argentina.

Por tal motivo, actualmente son familias enteras las que se instalan en Buenos Aires, ya que en el caso de hijos menores, los mismos pueden insertarse en el sistema escolar argentino sin mayores dificultades; en el caso de hijos mayores, pueden acceder a la universidad o buscar trabajo debido a que cuentan con la documentación para hacerlo, lo mismo ocurre con los esposos/as.

Según datos proporcionados por el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, Buenos Aires se constituye en la ciudad que alberga la mayor cantidad de peruanos en el exterior. En términos del cónsul peruano en Buenos Aires, Luis Chávez (2006), “si bien es cierto que cerca de 53 mil peruanos son los empadronados y habilitados para poder votar en la circunscripción de Capital Federal y alrededores, se presume que hay entre 100 mil y 150 mil peruanos”. Esta tendencia sigue en aumento aunque, según Chávez, se nota ahora un ligero incremento de los estudiantes peruanos, debido sobre todo a la buena fama y las facilidades que ofrecen no sólo las Universidades Nacionales sino también las particulares, sumado al fácil acceso para radicarse legalmente en el país.

El crecimiento de la colectividad

El constante crecimiento de la colectividad peruana en Capital Federal y alrededores ha provocado una mayor demanda de comercios para connacionales. Tan solo en los barrios de Once y Abasto existen más de 30 restaurantes, 15 locutorios y 10 peluquerías cuyos dueños son peruanos y ofrecen sus servicios, sobre todo, a peruanos.

Los comercios peruanos crecieron gracias a la masiva migración y a la paridad cambiaria instituida durante el gobierno de Menem. Si bien los primeros negocios peruanos eran los restaurantes, los servicios fueron ampliándose. La aparición de tarjetas telefónicas para llamar al Perú produjo la proliferación de locutorios peruanos ofreciendo una tarifa mucho menor a la vigente ofrecida por empresas como Telefónica o Telecom.

El “boom” de los locutorios peruanos comenzó a partir del año 2000, constituyéndose éstos además como importantes lugares de reunión de la colectividad. Sin embargo,



durante el '90 otro rubro se estaba consolidando, dejando atrás a las empresas argentinas e, inclusive, a las transnacionales: las transferencias de dinero.

Debido a que el principal motivo de la migración peruana en la década del '90 fue el económico, esto se traducía en la imperiosa necesidad del migrante de enviar dinero periódicamente a sus familiares en el Perú. Las usuales empresas dedicadas a este servicio mantenían una tarifa excesiva y con una demora que superaba las 48 horas.

Muchos peruanos migrantes buscaron hacerle competencia a estas empresas formando sus propios correos. Fue así como aparecieron una serie de negocios peruanos que ofrecían un servicio más rápido con una tarifa más económica. De todas estas, Argenper fue la que logró constituirse en una de las más importantes y su dueño, Lombardo Mautino Ángeles, logró ser una de las figuras más reconocidas en su colectividad, y actualmente es el alcalde de su ciudad de origen: Huaraz.

Desencuentros en la comunidad peruana

La migración estudiantil de peruanos de los años '50 es distinta a la migración económica de los '90, lo que ha generado una suerte de mutua desconfianza visualizada en la composición de sus instituciones. Los primeros no sólo miran con desconfianza a una parte de la migración económica, sino que además le cierran los canales de comunicación institucional para trabajar en conjunto.

La gran mayoría de los migrantes que llegaron a partir del '50 censuraron el modo de vida de los nuevos peruanos y les impidieron el acceso a sus entornos institucionales que llega hasta nuestros días y que parece no encontrar solución inmediata debido a la ausencia de dirigentes que busquen atraer a todos los sectores de la colectividad.

Así, los nuevos migrantes no encontraron en las antiguas asociaciones peruanas el vínculo necesario para sentirse cómodos; fue por eso que comenzaron a crear sus propias redes institucionales, utilizando la misma estrategia que emplearon en Lima cuando los provincianos llegaron a la capital.

A eso habría que sumar que en el contexto de la enorme migración de los años '90, un porcentaje de éstos se dedicaron a la delincuencia, lo que –sumado a otros estereotipos- encasilló a la figura del peruano asociándola con gente de mal vivir. Por esa razón, muchos de los antiguos migrantes se toman de esta problemática no sólo para criticar a los nuevos migrantes, sino para adjudicarles la mayoría de los males.

Esto no significa que no existan “momentos de diálogo”, como los que se producen durante la Procesión del Señor de los Milagros, realizada desde hace 20 años en Buenos Aires y en donde asisten más de 50 mil peruanos. Manuel Prado, con más de 50 años en la Argentina y periodista de la revista Colectividad Peruana.com, afirma



que “si bien la procesión es un culto sobre todo popular en Buenos Aires, eso no quiere decir que muchos profesionales dejen de participar, hay un sentido de pertenencia a una religión pero también a un país. Nos enlazamos por la motivación de ser parte de un mismo país, no creo que la procesión sea totalmente popular sino que hay muchos peruanos de buena posición que están presentes los últimos domingos de octubre”.

Si bien las instancias institucionales no brindan en muchos casos espacios de diálogo, situaciones como la procesión sirven no sólo como mecanismo de identidad sino también de hermandad entre los peruanos más allá de las diferencias de clase, aunque esto sólo sea en un momento y lugar específico y no sea el común denominador entre la migración peruana en la ciudad.

La procesión es un fenómeno holístico debido a que muchos peruanos acuden por una multiplicidad de factores que no están necesariamente ligados a la identidad católica o a una fe religiosa ortodoxa, sino a diversas motivaciones que hacen de dicha fecha la reunión más importante que tienen los peruanos en Buenos Aires.

Allí las diferencias se diluyen, nace la “armonía momentánea” como fruto del consumo de una fiesta tradicional en donde todos los sectores “conversan” y se “toleran”, en donde todo es permitido. Durante la procesión no existen diferencias sociales y las pugnas desaparecen dando lugar a espacios de socialización pocas veces repetidos durante el resto del año en la colectividad. Tal vez momentos como éstos pueden llegar a constituirse en los “disparadores necesarios” para lograr una mayor unidad en la comunidad peruana.

Bibliografía

- ALTAMIRANO RUA, Teófilo, 1992. *Éxodo. Peruanos en el exterior*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- ALTAMIRANO RUA, Teófilo, 2000. *Liderazgo y organizaciones de peruanos en el exterior*, Lima, Pontificia Universidad Católica.
- BALBI, Carmen Rosa, 1997. *¿Una ciudadanía descoyuntada o redefinida por la crisis? De 'Lima la horrible' a la identidad chola en Lima: aspiraciones, reconocimiento y ciudadanía en los noventa*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- CARLETTI, Chiara, 2002. *Le diverse espressioni Della religiosità peruviana in Emilia-Romagna*. Bologna. Tesi de Laurea nell' Università di Bologna.
- CHÁVEZ O'BRIEN, Eliana, 1990. *El empleo en los sectores populares urbanos: de marginales a informales en De marginales a informales*, Lima, DESCO
- DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS, 2005. *Población de Buenos Aires*. Buenos



Aires.

-MATOS MAR, José, 1984. *Desborde popular y crisis del Estado*, Lima, CONCYTEC.

-NUEVA MAYORÍA, 2001. *Inmigrantes de Países Vecinos*, Buenos Aires, elaleph.com

-TORALES, Ponciano, 1993. *Diagnóstico sobre la inmigración reciente de los peruanos en la Argentina*, Buenos Aires.

-TURNER, Víctor, 1986. *El proceso ritual*, Madrid, Taurus.

Sobre el autor:

Lic. Manuel Macchiavello. Licenciado en Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). Forma parte del Centro de Estudios Aplicados para las Migraciones, Cultura y Relaciones Interculturales (CEAMCRI), equipo de investigación de la Facultad de Periodismo de la UNLP. Además es parte del Proyecto “Otros en Red” de la misma universidad. Actualmente está haciendo una diplomatura en Lima.

Sobre el artículo:

Es parte de su tesis de grado aprobada. Actualmente, el trabajo completo está siendo impreso en libro por Mesa Editorial bajo el título: “Migración e identidad. El caso de los peruanos en la Argentina”.

Cómo citar este artículo:

Macchiavello, Manuel. Migración transnacional: identidad y cultura de los peruanos en la Argentina. *Revista Electrónica Construyendo Nuestra Interculturalidad*, Año 5, N°5, Vol. 4: 1-16, 2009. Disponible en: http://www.interculturalidad.org/numero05/docs/02a02-Diaspora_peruana_Argentina-Macchiavello.Manuel.pdf.

